



# ESPEJO HUMEANTE

DOSSIER. AÑO 2. NÚMERO 4.5, DICIEMBRE, 2019. REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA Y FICCIÓN

**FANZINE**





# ESPEJO HUMEANTE *FANZINE*

Revista latinoamericana de ciencia ficción  
Número 4.5, DOSSIER. Diciembre de 2019.

## Coordinación editorial

Felipe Huerta Hernández y Rafael Tiburcio García.

## Comité editorial

Miguel Angel de la Cruz Reyes, Eduardo Hennings, Miguel A. Lara, y Zacarías Zurita Sepúlveda.

## Selección, revisión y corrección

Felipe Huerta Hernández y Rafael Tiburcio García.

## Diseño

Rafael Tiburcio García.

## Imágenes

© Haeckel, Ernst (1900). Kurt Stueber, 2007.  
[www.BioLib.de](http://www.BioLib.de)

## Contacto

[espejohumeanterevista@gmail.com](mailto:espejohumeanterevista@gmail.com)

  @EspejoHumeanteR

Conoce y difunde nuestra propuesta en:

 <https://issuu.com/espejohumeanterevista>

## Aviso legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Espejo Humeante *FANZINE*, así como la titularidad de derechos de los mismos, pertenece a sus respectivos autores. La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión de la revista. Espejo Humeante *FANZINE* no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación. El contenido de esta revista puede ser publicado con el permiso de los editores. Si desea publicar algo de nuestro contenido por favor escribanos.



# Índice

- 5 **Presentación**
- 7 **Padre e hijo**, Servando Clemens (México)
- 9 **Transmutación**, Víctor Grippoli (Uruguay)
- 13 **Calles hambrientas**, Oswaldo Castro Alfaro (Perú)
- 17 **2031**, Maybet Aguilar Reyes (México)
- 21 **23 gallinas**, Silvia Alejandra Fernandez (Argentina)
- 23 **El ratón de los dientes**, Reyna Romyna Olmos Hernández (México)
- 27 **Evolución iterativa**, Víctor Parra Avellaneda (México)
- 31 **Mutados**, José Antonio Samamé Saavedra (Perú)
- 35 **Amaru Sachainchi**, Oswaldo Castro Alfaro (Perú)
- 37 **Reptar**, Alejandra Bobadilla Barba (México)
- 41 **Deseos en el tiempo**, Luis Ignacio Muñoz (Colombia)
- 45 *Tempus fugit*, Iván D. Moreno (Colombia)
- 48 **Todos somos Mercer**, Felipe Huerta Hernández (México)
- 50 *Match*, Rafael Tiburcio García (México)
- 51 **Comunicado**

# Presentación

PARA ESTE CUARTO DOSSIER DEL *FANZINE* del *Espejo Humeante* presentamos nueve relatos que se quedaron en el tintero de nuestras convocatorias del tiempo y los ecoterroros. Se trata de historias con enfoques y registros lingüísticos fuera de la norma que, esperamos disfruten aquellos lectores que gustan de usos del idioma más experimentales.

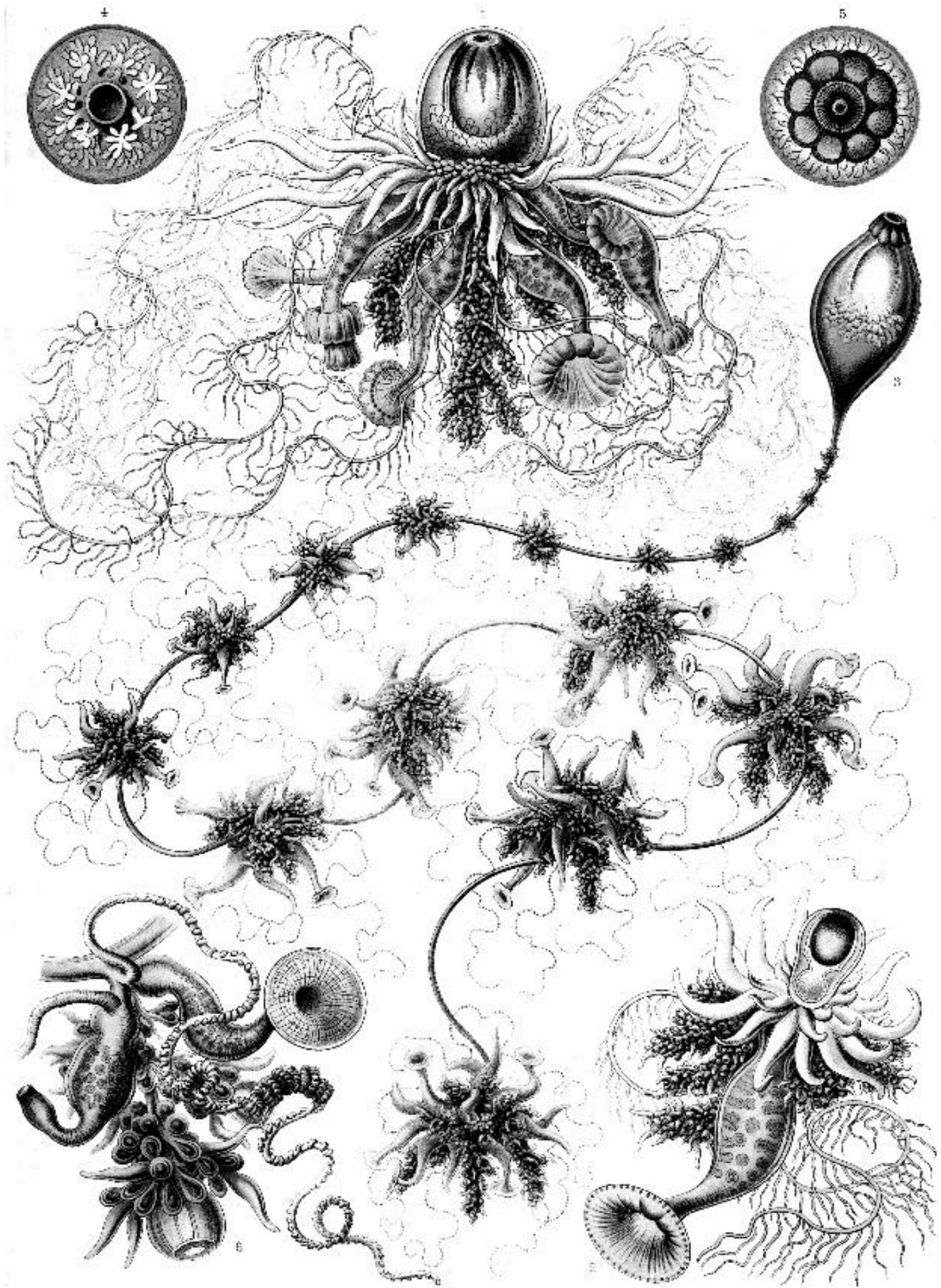
En esta ocasión, incluimos una selección muy breve de los cuentos cortos y minificciones de los retos semanales que organizamos en Facebook y Twitter, apenas cuatro de ellos. Dado que nuestra querida amiga Silvia Alejandra, la principal editora e impulsora de los retos, se ha tomado unas merecidas vacaciones luego del gran trabajo realizado coordinando los compilados semanales y administrando con profesionalismo la página de Facebook, este *dossier* se ve en la necesidad de disminuir, por el momento, dichas colaboraciones, así como su extensión habitual, garantizando la calidad y variedad de siempre.

En las páginas de este ejemplar viajaremos a través de nuestra Tierra devastada en varios momentos de nuestro porvenir y de nuestro pasado, imaginando toda clase de desgracias que ocurrirán no sólo al planeta sino a sus habitantes, algunos de los cuales vivirán en carne propia desde estragos medioambientales hasta horrores corporales.

Una vez más, en este número presentamos los resultados de nuestra quinta convocatoria, cuyos cuentos centrados en ciudades de habla hispana excavarán un poco más profundo en la visión que los hispanohablantes tenemos de la ficción especulativa, mismos que verán la luz en el número 5 de la revista que proyectamos para el mes de febrero de 2020.

*Espejo Humeante* se mantiene firme en su búsqueda por convertirse en un referente de las propuestas de ciencia ficción en habla hispana, así como una antena de lo que producen los escritores noveles y de trayectoria en el género. Esperamos que la lectura de estas historias los motive a acercarse más a este género.

El Comité Editorial 🍀 Diciembre de 2019.



# Padre e hijo

Servando Clemens (México)

PADRE E HIJO ESCAPABAN por los matorrales del poblado. Buscaban un lugar para ponerse a salvo. El señor era un soldado jubilado y el muchacho, un bachiller.

"¿Qué encontraste?", preguntó el muchacho, con la respiración agitada.

"Al parecer es una fábrica abandonada", respondió el padre, mientras observaba por los binoculares.

"¿Quiénes son esos cabrones que nos persiguen?"

"Son *aliens*", se lamentó el señor. "Son cazadores. Su deporte es torturar humanos y después matarlos".

"Dios mío... Tenemos que huir a la ciudad".

El señor revisó su mochila, después extrajo una cuerda larga.

"Vamos, hijo. Debemos correr para que no nos hagan prisioneros".

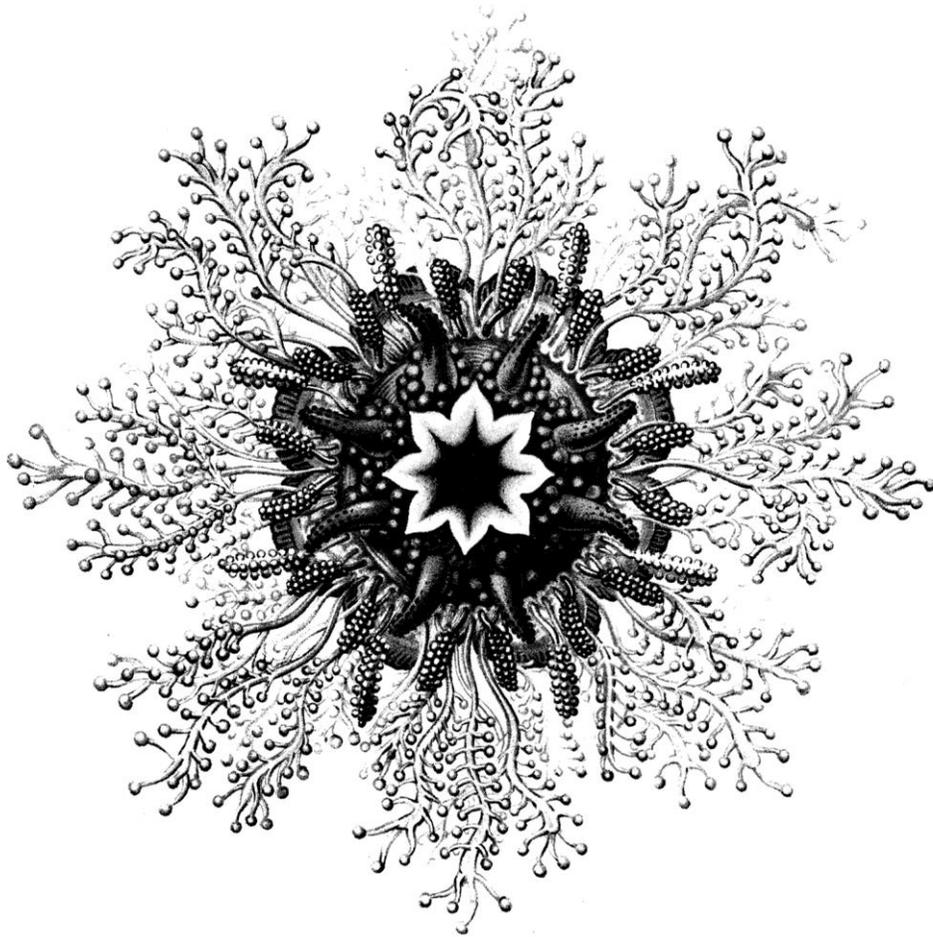
"¿Y nuestros vecinos?"

"Descuartizados... Estoy seguro de ello".

El joven, incrédulo y con pánico, examinó a su padre.

"¿Con esa sogá nos defendemos?"

"No, hijo. Una vez que nos metamos en aquel lugar, con esta cuerda nos vamos a... Con ella evitaremos que esos hijos de puta nos hagan sufrir". 



# Transmutación

Víctor Grippoli (Uruguay)

LA PEQUEÑA LANZADERA unipersonal terminó las reparaciones en la superficie metálica del gigantesco colector solar con sus dos brazos robóticos. Delbert gozaba mucho esos pequeños paseos ya que vivir en la instalación de fusión nuclear podía llegar a ser un poco aburrido pese a todas las similitudes con la Tierra previa al desastre de los combustibles fósiles, la deforestación, la desertificación masiva y el calentamiento global. Ah, sí. Los científicos no habían reparado en gastos con las pantallas holográficas que emulaban bosques y cielos. El piloto-operario computó el rumbo a la compuerta cuatro y dejó que el ordenador hiciera el resto. Él había sido un niño en la época de las Guerras del Agua... todos en su familia menos su hermana habían muerto en la batalla de Centroamérica. Ahora el Gobierno Unido los había enviado al espacio para dotar al mundo de energía pura y gratuita, la fusión nuclear por medio de megaestructuras en órbita cercana a Mercurio fue la solución. Las gigantescas naves espaciales tomaban energía del Sol para activar la fusión

controlada y, por medio de un haz, la enviaban a los colectores en la cercanía de la Tierra. Gracias a eso la humanidad se recuperaba de las heridas.

Delbert salió de la navecilla y disfrutó tener gravedad artificial bajo sus pies nuevamente. Lo saludaron varios operarios del puerto espacial mientras se dirigía al puente de mando. Con una sonrisa en el rostro entró al mismo cruzando la pesada puerta blindada. Cientos de computadoras holográficas mostraban las tasas de transferencia de la energía. Decenas de hombres controlaban todo e ingresaban datos en sus terminales portátiles. A fin de cuentas era todo un día normal.

—¿Te fue bien en la reparación?  
—preguntó su segundo al mando.

—Perfecto. No era más que algo de rutina y de paso me vino bien para despejar las ideas.

Acto seguido tomó un cigarrillo del bolsillo de su mono naranja y lo encendió. Era imposible pensar que ese sería su último acto en paz antes que comenzara a liberarse el horror.

—Segundo... ¿Sucede algo?

—No, Delbert... aquí me ha llegado información que hay operarios del nivel cuatro expuestos a niveles de radiación altos... un poco extraño.

—Sí... hace mucho que no había un accidente. ¡Oh, por Dios! ¡Mira el monitor!

En una de las pantallas de la sala de control se observaba a un científico terminando un experimento con tubos de ensayo, luego de colocar el último comenzó a convulsionarse y a sangrar por todos los agujeros de su organismo. Toda su vestimenta se hizo girones y su cuerpo mostró claros signos de ser atacado por dosis masivas de radiación. Pasados escasos minutos lo que era un ser humano en pleno uso de funciones no era más que un cuerpo muerto y desfigurado. Pero ese no fue el único caso que observaron atónitos los operarios. Sin razón aparente más de cien personas comenzaron a descomponerse de forma brutal. Aquellos decesos eran de una crudeza pocas veces vistas, muchos de ellos vomitaban literalmente sus entrañas sobre el lustroso piso de metal.

—¡Computadora! Aquí el operario y piloto Delbert, tengo clase uno para información reservada. ¿Dónde es la fuga? ¿Por qué no hay un protocolo de escape activado?

—No hay fuga... —la máquina pareció dudar ante algo inverosímil— es

algo interno... en las cámaras donde se han formulado los ataques... la radiación se generó de las bacterias en el aire... ¡Les recomiendo que escapen ahora! ¡Todos! Si esto se propaga la instalación está perdida.

—¡Mierda! ¡Mierda! Jhon... muchachos... es hora de irnos. Ya escucharon a la computadora.

La inteligencia artificial no lo había dicho pero si el Capitán no estaba presente, era que los cuadros de mando estaban muertos... Delbert, Jhon, su segundo al mando en las operaciones de reparación externa y los muchachos de la sala ya lo sabían y comenzaron a correr desesperados. Las alarmas se activaron y la radiación debió liberarse muy cerca de su posición por el pasillo central ya que se cerró una puerta de emergencia y dejó al resto de los muchachos detrás de la misma. Delbert golpeó el vidrio de la ventana lleno de terror. ¡Ahí dentro estaban sus amigos! Pasados unos instantes comenzaron a hacerse pedazos entre estertores angustiantes. La sangre lo llenó todo y sus cuerpos se vieron consumidos por la radiación.

—¡Delbert! ¡Vámonos! Esta puerta no va a resistir mucho más.

—Algo se está formando... una transmutación de las bacterias que generan radiación; mira, ven a ver esto.

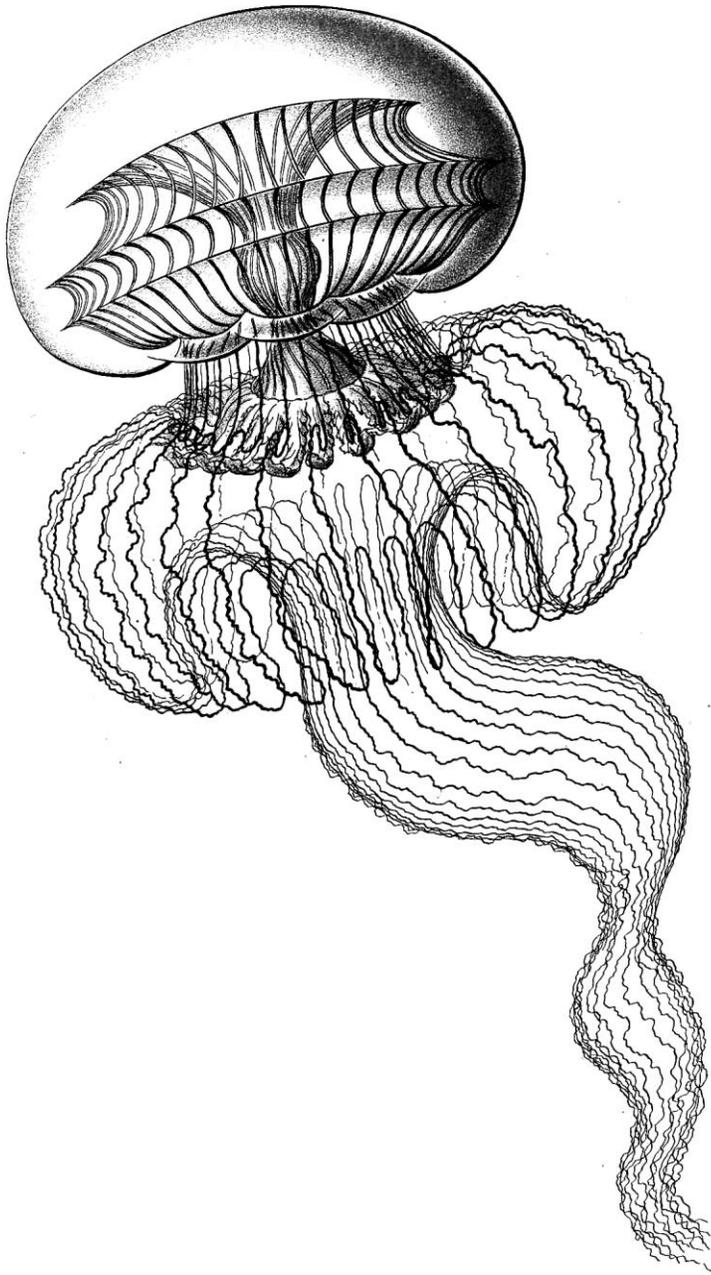
Dentro de la zona bloqueada del pasillo se generó un ser luminoso con un dejo humanoide. Era la conjunción de las bacterias atacantes. No poseía boca alguna, no la necesitaba, una inteligencia colectiva milenaria como ella no la precisaba y habló directamente a sus mentes.

—No dejaré que dañen al Sol en su búsqueda de energía. Ya usaron la Tierra sin medir sus actos. Sufran las consecuencias y tarden lo que deban produciendo en su mundo la energía necesaria para repararlo. Con el uso de estos generadores para la fusión acortan la vida del Sol y eso es intolerable. Destruiré todos los colectores. Ustedes vivirán. Tomen la lanzadera y avísenle a los reinos humanos. Yo voy a estar expectante y si no hay mejoras deberán temer hasta de la

más pequeña forma existente.... Ya no habrá piedad ni misericordia.

Unos minutos después de una carrera a toda velocidad por la estación moribunda, Delbert y Jhon activaron los motores de plasma de la lanzadera y se alejaron a toda velocidad. Cuando estaban en un rango seguro las bacterias hicieron estallar el núcleo atómico de los colectores y la nave gigante se convirtió en una esfera de fuego que iluminó el cosmos. Pronto se le unieron otras luces...

El dúo de amigos miró atónito por la ventanilla de la nave. Sabía que tenía un mensaje que transmitir y no podían perder el tiempo. Ingresaron el rumbo a la Tierra y partieron. La historia entera de nuestra especie estaba a punto de cambiar. **F**



# Calles hambrientas

Oswaldo Castro Alfaro (Perú)

EL ÚLTIMO DESCENDIENTE de los fundadores del pueblo se marchó hace una década y dejó la tierra ancestral sometida a los tiempos modernos sin el ojo vigilante de los brujos herederos. Muy pronto, los estafadores, las pitonisas y los falsos chamanes arribaron para engañar a los turistas. Desviaron un brazo del riachuelo y lo empozaron ingeniosamente para embaucar a los incautos con aguas purificadoras y curativas. Del mismo modo, revivieron la leyenda del camposanto donde se edificó el pueblo para hacer del sitio un altar de santería.

Hace seis meses, el atoro descomunal en la centenaria red del desagüe obligó a remplazarla. La excavación para el tendido de las nuevas tuberías mostró lo que era un secreto a voces: bajo dos metros de profundidad hallaron los restos de esclavos, indígenas desplazados, mercenarios y soldados.

Este descubrimiento modificó la atmósfera natural; las nubes de polvo permanente adelantaban el anochecer. El aire se enrareció; se respiraban

vientos nauseabundos. La producción de cactus y hongos alucinógenos para los rituales decayó. Parecía que el pueblo estaba invadido por fuerzas desconocidas recién despertadas. Nadie entendió el cambio en la naturaleza y prefirieron festejar el arribo de gente adinerada y migrantes desafortunados. Sea como fuere, el lugar no trastocó el buen ánimo y la disposición de los pobladores y visitantes para la diversión y el dinero fácil.

Tres cuadras de una calle de tránsito entre dos avenidas principales se convirtieron en el pasaje obligado de la juerga y la prostitución nocturnas. Los alcaldes vieron en ese pequeño intestino la mina de oro para llenar las arcas vacías que heredaban. Las administraciones sucesivas autorizaron restaurantes, discotecas y bares. Del mismo modo, cambiaron la zonificación, construyeron hostales de alta rotación y edificaciones estrambóticas reñidas con la arquitectura original.

Llegué una mañana de invierno para cubrir la crónica de varios asesinatos misteriosos. Los hechos de sangre, cuatro en una semana, lejos de alejar a la clientela, despertaron el morbo y alimentaron la leyenda urbana de la reencarnación de Jack el destripador. El famoso asesino londinense recobró popularidad porque dos de las víctimas fueron prostitutas conocidas de los bares de madrugada y el otro, un canadiense degollado al que solo le encontraron un litro de sangre despararramado en los adoquines. El último, quizá el más espeluznante por el sadismo y ensañamiento empleados, fue un jamaiquino devorado por una fiera hambrienta. En siete días, los titulares de los diarios locales pusieron en el escenario, además de Jack, a un vampiro y un zombi. La imaginación popular se desbordó cuando al día siguiente de mi llegada, al amanecer del lunes, el cuerpo muerto a dentelladas apareció escondido en la trastienda de una pizzería. El hombre lobo había emergido y decía presente.

El sol del mediodía cae implacable y el calor adormece al pueblo. Pocos lugareños transitan las tres cuadras y algunos ocupan las sillas de las terrazas. Soy uno de los que refresca la garganta con una cerveza helada. Reviso mis notas y los datos encontrados son inconsistentes y atípicos con

la criminalidad moderna. Los asesinatos fueron al borde del amanecer cuando la gente estaba dedicada a otros asuntos o durmiendo.

—Son más grandes y agresivos —escucho a alguien comentar desde la mesa de atrás.

Volteo y descubro a un hombre delgado, pálido y que esconde su quijada prominente detrás de la barba frondosa.

—Los cuervos y gallinazos —dice mirando el cielo y el tendido eléctrico lejano.

Intento iniciar una charla, pero se levanta y marcha apuradamente. Me encojo de hombros, pago la cuenta y me retiro al hostel donde me alojo. Al final de la cuadra compro bizcochos en la bodega y al salir cae uno de la bolsa. Lo doy por perdido cuando de entre las rendijas de los ladrillos de la pared aparecen dos ratas grandes que lo disputan a dentelladas. Una logra herir a la otra y desaparece con el trofeo por la rendija de donde salieron. La escena duró menos de un minuto y quedo tan sorprendido que mi cerebro empieza a tejer una teoría alucinante que trataré de comprobar esta noche.

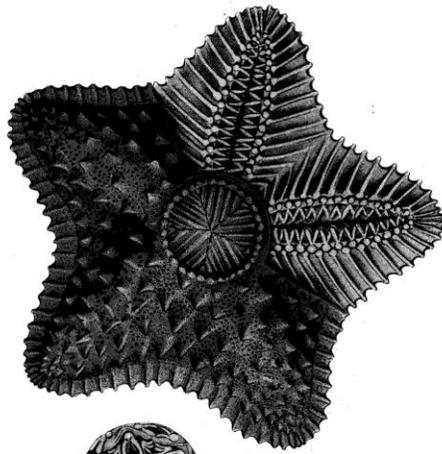
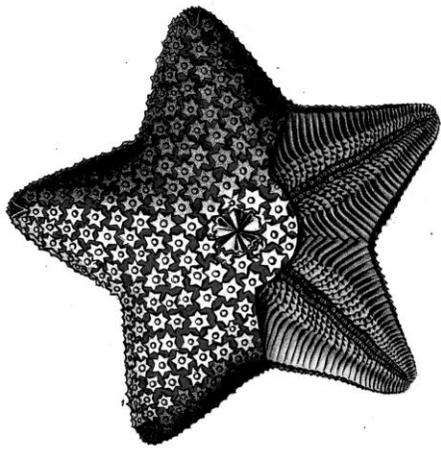
Antes de salir de la habitación, repaso los cinco asesinatos. Están liga-

dos por la ferocidad de la muerte. Haber sido relacionados con personajes emblemáticos de la literatura fantástica es pura ficción. El o los asesinos son seres escondidos, provenientes de otra dimensión, que se manifiestan al estar hambrientos. Esa es mi teoría.

Salgo cargando una bolsa con carne frita, panes, presas de pollo sancochado y trozos de atún. Falta una hora para que despunte el sol y la calle está vacía. Es lo usual en la madrugada del martes. En la primera cuadra, frente a una *trattoria*, suelto los panes. Me alejo y de la esquina surge una mujer harapienta seguida por dos niños escuálidos. Se abalanzan sobre ellos, los recogen y desaparecen. Más adelante dejo en el piso la carne frita. Me escondo y la luz de un farol muestra la figura miserable de un tullido que se arrastra para devorarlo y luego esfumarse. Mi teoría es válida, pienso. En la siguiente cuadra coloco sobre una banca las presas de

pollo y salgo corriendo. Asombrado veo que la tapa de la alcantarilla se levanta y de su interior aflora una criatura indescriptible que las engulle, relame sus dedos, escudriña los alrededores y se pierde nuevamente en el submundo subterráneo. Solo me quedan los trozos de atún. Temeroso, los pongo al costado del teléfono público y me oculto tras un camión. A lo lejos escucho el sonido de patas algodoadas. Una jauría de perros sorteando la esquina, llega y se trenza en una encarnizada batalla por la comida. Veo con estupor que uno es devorado antes que desaparezcan.

Sudo copiosamente y respiro con dificultad. La palidez de mi piel refleja el terror que recorre mi cuerpo. Los adoquines del piso se levantan y ante mis ojos desorbitados está quien me escogió como su fiambre de madrugada. Con hondo pesar compruebo la validez de mi teoría. **F**



# 2031

Maybet Aguilar Reyes (México)

CORTÓ CARTUCHO para confirmar que el arma estaba en buenas condiciones; luego de examinarla colocó el seguro para guardarla en la funda de su cinturón.

No había visto el mundo exterior desde hacía casi dos años. No sabía lo que iba a encontrarse. Los rumores hablaban de colonias caníbales, mafias dominando territorios tan grandes como las antiguas ciudades, nómadas robando lo que fuera y a quien fuera.

Se miró al espejo. Era una lástima, en caso de que su misión fracasara, que el último recuerdo que tuviese de sí misma fuese el de un rostro demacrado, ojeroso, curtido por el sol y de piel seca por la falta de hidratación. Miró sus manos cadavéricas, los pechos empequeñecidos, las piernas sumamente delgadas. Inconscientemente se fijó en un antiguo retrato suyo, el único que había podido conservar y en el que aparecía a lado de su familia. Todos ellos muertos.

La alarma sonó e indicó el momento de salida. No tuvo tiempo para profundizar en su memoria.

“Mejor así”, pensó. Recordar los momentos felices que no han de volver siempre es doloroso.

Todos se concentraron en la explanada central; la población ascendía a poco más de mil personas, la gran mayoría mujeres. Por primera vez desde la gran extinción, “La Caja de Pandora”, como habían nombrado al refugio, sería abierta. Este hecho representaba solo una cosa: la muerte.

Aquella fortaleza fue construida por los sobrevivientes en un intento de resguardarse a sí mismos y a los recursos que habían quedado. Reconstruyeron sus vidas de la mejor manera posible, protegidos tras un muro de acero y un perímetro circular exterior de chatarra; este último servía como primera barrera defensiva en caso del ataque de depredadores. Sin embargo, los esfuerzos resultaron escasos ante el nivel de destrucción al que la Tierra fue sometida. Por tanto, e inevitablemente, los recursos estaban agotándose.

Días antes un joven nómada llegó. Su grado de intoxicación era severo. Murió pero, antes, fue capaz de compartir con ellos información valiosa. Al parecer existía un “oasis” a tres semanas de distancia hacia el este. Si llegaban hasta ese lugar, tendrían una oportunidad de continuar con vida.

Ella fue seleccionada para ir en busca del oasis. La misión se nombró “Esperanza”. De no haber sido elegida se hubiese ofrecido como voluntaria. Irse o quedarse tenía el mismo resultado; tarde o temprano moriría.

Subió al viejo Jeep que le habían equipado.

Una nueva alarma sonó. Las puertas se movieron con lentitud, un ruido estrepitoso de fierros retorciéndose. El sonido del motor en espera la ponía nerviosa. Finalmente arrancó y se puso en marcha. No hubo ovaciones ni señales de despedida, solo miradas escépticas ante lo desconocido. Apenas el Jeep cruzó las puertas, estas volvieron a cerrarse.

El nombre del refugio derivó de la mitología griega. La caja de Pandora encerraba todos los males del mundo; al ser abierta se liberaron. Solo la esperanza quedó en el fondo.

Siendo así se preguntaba: ¿qué eran ellos?, ¿los seres humanos eran

acaso el mal del mundo, o podían ser quizá la esperanza?

Aceleró a la máxima velocidad para ganar impulso, subió la rampa que permitía cruzar el perímetro de defensa y por instantes voló por los aires. La visión a la cual se enfrentó le quitó el aliento. El tiempo pareció detenerse en ese instante creando la sensación de descender al suelo en cámara lenta.

No había nada. Ni un solo rastro de vida humana, animal o vegetal. El sol sofocaba a su máximo, la tierra despedía un vapor agonizante. Toneladas de basura hasta donde la vista era capaz de alcanzar.

Cuando se predijo, década y media antes, que la Tierra expiraría, nadie creyó en ello. Nadie hizo nada. La sobreexplotación de los recursos, el descontrol de la sobrepoblación, la destrucción total de los últimos pulmones de la Tierra, la caza indiscriminada y la extinción de las especies animales convergió en el calentamiento global, el deshielo de los polos y en múltiples tsunamis que destruyeron ciudades, huracanes que cobraron miles de vidas, terremotos que sacudieron y desquebrajaron los más fuertes edificios. El poco tiempo con el que se contaba entre un caos y otro impidió ejecutar algún plan de salvación mundial.

El desastre fue inminente. De nada sirvieron los avances tecnológicos. No se puede imitar, por mucho que se desee, algo que surge y se mantiene de forma natural.

Los días transcurrieron, convirtiéndose pronto en semanas.

En todo ese tiempo no encontró rastros de vida. Tal vez aquellos rumores eran mentira, productos de la necesidad de no creerse solos... Aunque quizá lo estaban.

¿Eran los sobrevivientes de la caja de Pandora los últimos seres humanos sobre la Tierra?

Abandonó el Jeep cuando la reserva de gasolina se acabó. Dejó atrás

las mochilas con los víveres cuando estos también se terminaron. Tiró el arma en cuanto sintió que ya no podía cargar incluso ese peso sobre sí.

En el instante que se dio por vencida, pudo ver un extenso lago de agua aclara.

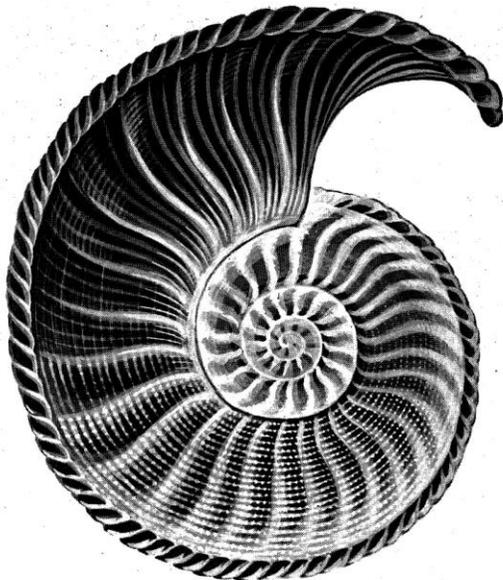
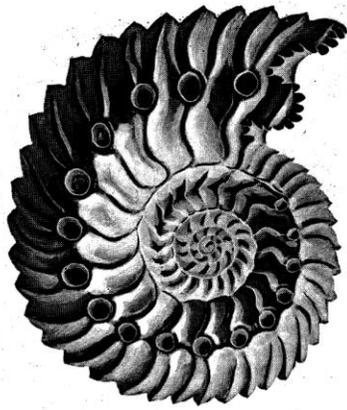
¡Agua! ¡Había encontrado agua!  
¡Había llegado al oasis!

Tambaleándose fue hasta la orilla. Con sus manos comenzó a sorber a grandes tragos para calmar su sed. Solo después de varios minutos sintió el sabor a metal en su boca.

Derrotada, se dejó caer de espaldas al suelo.

El agua tenía residuos químicos.

La esperanza había muerto. **FF**



# 23 gallinas

Silvia Alejandra Fernandez (Argentina)

CUANDO COMENZÓ A LLOVER, todos hablaron del cambio climático, de la corriente del Niño, del descongelamiento de los casquetes polares.

«Es una lluvia estacional», pensó la abuela María, mientras le buscaba refugio en el garaje a sus 23 gallinas. El único gallo que tenía no se dejó agarrar.

Pero la lluvia jamás cesó y con el paso de pocos días, el interminable caudal de agua desbordó los ríos.

Las calles pronto se convirtieron en caudalosos torrentes y toda la vegetación empezó a pudrirse.

La gente intentaba emigrar hacia zonas más altas pero pocos conseguían llegar.

El planeta entero fue sumergido por un lento, pero pertinaz, diluvio.

Juan, el nieto de María, fue a buscarla. Tenía planeado usar su barco como refugio para salvar a su familia.

La abuela María se negaba a abandonar su casa, aunque la planta baja ya estuviera inundada.

María había trasladado una por una a sus 23 gallinas hasta el primer

piso. La alfombra color chocolate pronto quedó cubierta de excrementos de las aves y el olor era insoportable. El gallo seguía cacareando por los techos, de algún modo encontraba refugio.

—Abuela, todavía estás a tiempo de venir con nosotros. Son un par de kilómetros hasta donde tengo el barco.

—¿Mis gallinas entrarán?, ¿habrá lugar para que estén cómodas?

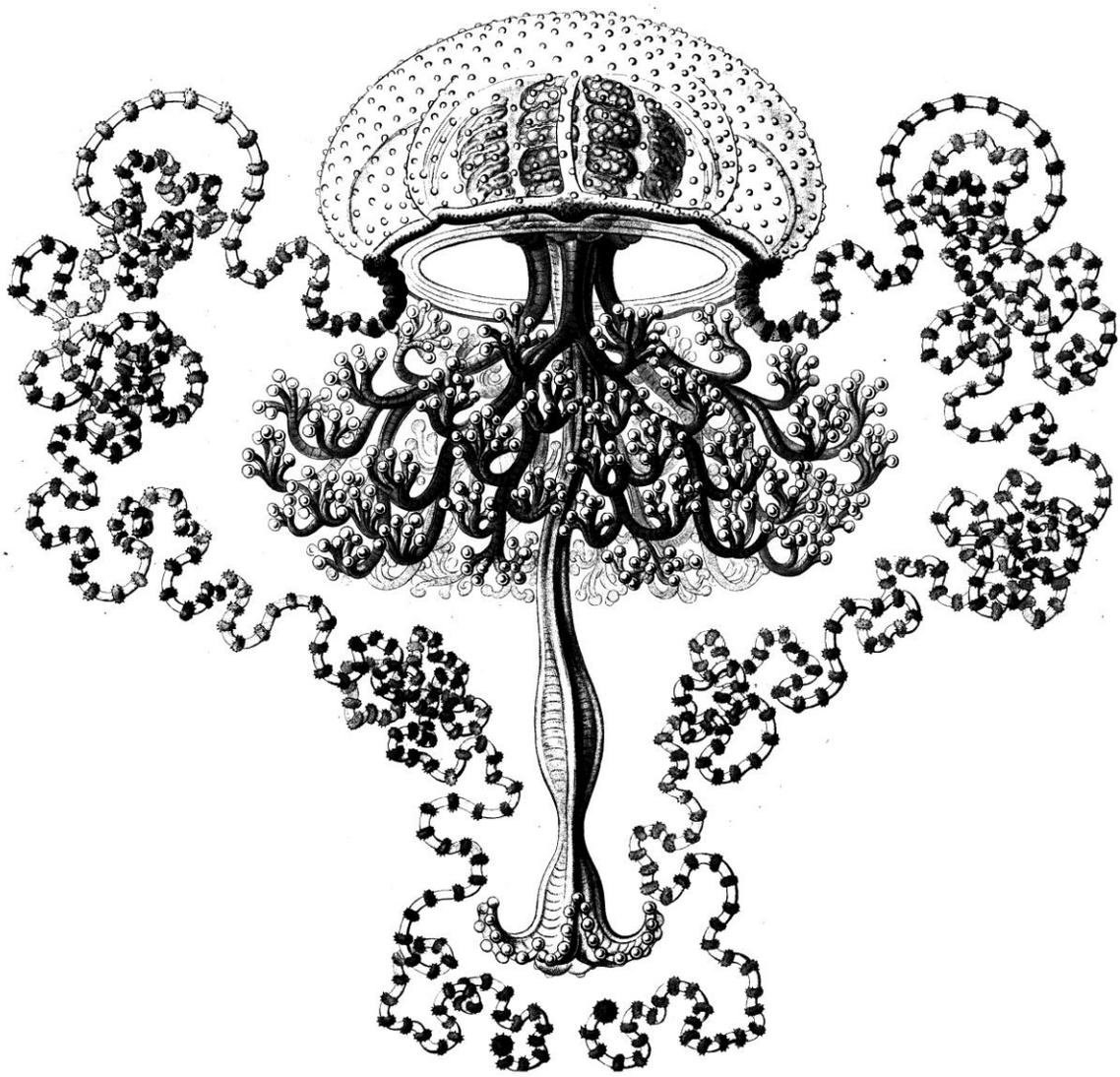
—¡Abuela, el mundo está desapareciendo! Ya casi no quedan ciudades que no hayan sido cubiertas por el agua, la mayoría de las personas han muerto ahogadas y vos estás empeñada en quedarte acá.

—¡Son las gallinas y yo, o no voy!

Juan metió las 23 aves en su auto junto con María y una valija de fotos que la mujer se negaba a dejar. Miró a su abuela que lloraba desconsolada, mientras salían de la casa.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Me olvidé de traer al gallo —surró la mujer, sollozando. **F**



# El ratón de los dientes

Reyna Romyna Olmos Hernández (México)

DESDE HACE DÍAS una fuerte tormenta eléctrica azotaba al lugar. Toda la ciudad se encontró sin luz durante varios días debido a los rayos que cayeron en la planta.

Por fortuna, la tarde había ocurrido sin muchos contratiempos. José se encontraba feliz de ir al dentista, porque ello significaría que el ratón de los dientes lo visitaría aquella noche.

El consultorio del dentista era un lugar completamente blanco, adornado por unas cuantas esculturas de dientes en la entrada. Incluso a la distancia, el olor a flúor era más que penetrante.

En la sala de espera se encontraba un televisor que a ratos parecía transmitir únicamente comerciales.

José llegó al consultorio de la mano de su madre, una mujer ya entrada en años perfectamente arreglada.

Al llegar, fueron recibidos por una joven secretaria que se notaba agotada por el cansancio y que parecía prestarle más atención al televisor

que a lo que acontecía en el consultorio.

—Buenas tardes. José tiene una cita con el Doctor a las seis.

—Son cinco cuarenta. El Doctor los atenderá a las seis; por favor tomen asiento.

Madre e hijo, notaron la respuesta seca y el mal humor de la joven, por lo que decidieron sentarse y, por simple curiosidad, mirar qué era lo que veía la joven con tanta atención.

En la televisión estaban transmitiendo las noticias de Lisboa, parecía que habían ocurrido unas cuantas explosiones como consecuencia de la tormenta; al parecer, los rayos habían impactado en un transformador y, cuando la tormenta pasó, éste terminó de explotar por el cambio en el voltaje, muy cerca de su casa. Los habitantes de las colonias cercanas habían tenido que evacuar. Algunos testigos afirmaron haber visto un comportamiento algo extraño en los animales (perros y gatos, aunque posiblemente no eran los únicos).

—Bueno, esas noticias justifican su carácter.

—Sí, mamá. A lo mejor ella vive en las colonias que evacuaron.

—No creo, se hubiera ido desde hace rato. Tal vez tenga parientes.

—O, a lo mejor, se preocupó por su mascota.

—Eso no le veo sentido. A todos nos interesa saber de las explosiones, no si los animales se comportan raros.

La plática entre madre e hijo se vio interrumpida por la secretaria, quien les avisó que el Doctor atendería al niño.

El procedimiento fue rápido; el dentista extrajo la muela y dejó ir a José.

Al llegar a casa, José colocó su diente bajo la almohada y se acostó.

La noche nuevamente se mostró azotada por una tormenta eléctrica. La luz volvió a desaparecer en la ciudad. El agua de la lluvia inundó por completo las calles, causando que estas se volvieran intransitables.

La falta de luz hizo que José se durmiera rápidamente.

Alrededor de una hora después, su madre fue a su cuarto. Tuvo que conducirse con cuidado para no generar un ruido que despertase a su hijo, así como evitar el choque con algún objeto en la oscuridad.

Un rayo pareció apoyarla, pues con su luz iluminó por un segundo el cuarto y, con esto, ella pudo conducirse con facilidad.

Lo que llamó la atención fue que, cuando la luz iluminó el cuarto, pudo ver que su hijo se encontraba durmiendo boca arriba con la boca completamente abierta; daría la impresión de que alguien (o algo) la había abierto.

Ante lo ridículo de la idea, y para no desperdiciar su buena suerte, cambió rápidamente el diente bajo la almohada.

Una vez terminada su labor, procedió a mirar por la ventana la tormenta. Gracias a los rayos podía ver cómo el agua inundaba las calles, cómo las banquetas desaparecían en los ríos que se formaban; pudo ver a los animales que corrían despavoridos sin saber adónde escapar.

Estos últimos hacían unos ruidos desgarradores a través de la oscuridad, que a más de uno asustaron aquella noche de tormenta. Por varios días se escuchó en los noticieros que el comportamiento de los animales aquella noche de tormenta, fue uno jamás antes visto y sus ruidos en la oscuridad de la tormenta era lo mínimo.

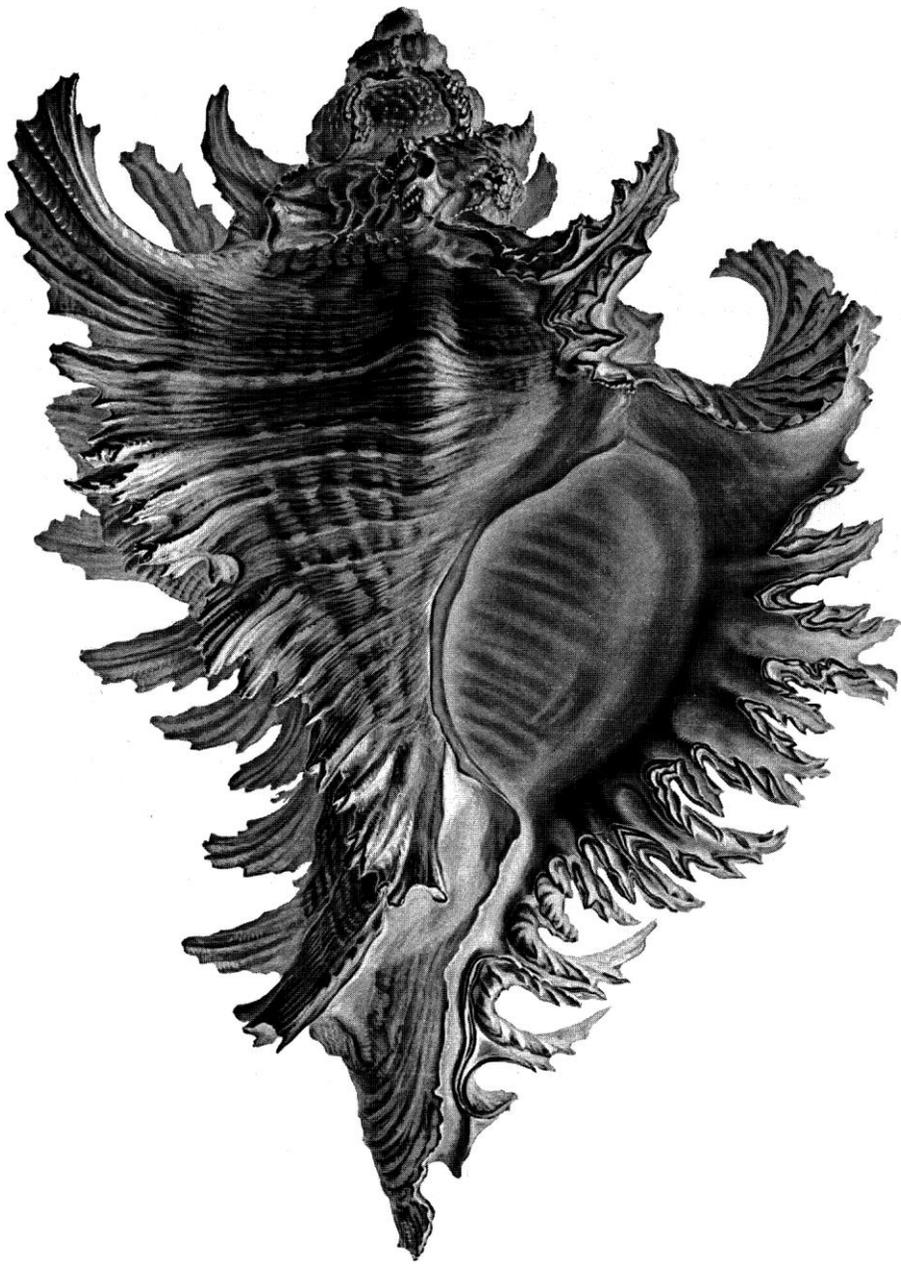
Por la mañana, la madre de José se despertó un poco tarde. La casa estaba muy tranquila; algo extraño considerando que José esperaba ver al ratón de los dientes.

Cuando ella caminó a la puerta, vio pasar una pequeña rata con un diente.

—¡Pero si yo lo cambié anoche!

Llegó corriendo al cuarto. Sobre la cama se encontraba el cadáver del

José. La boca se encontraba completamente abierta y por ella entraban y salían las ratas que le habían arrancado los dientes. **F**



# Evolución iterativa

Víctor Parra Avellaneda (México)

## I

CON CUÁNTA RAPIDEZ FUERON cayendo las especies en la ceniza de la extinción. Inútil fue congelar óvulos y espermatozoides de los pocos ejemplares vivos, gestionar programas de cautiverio y reproducción y crear nuevas conservas ambientales; la desaparición de numerosos clados de anfibios, mamíferos, aves, reptiles y peces fue irreversible.

—Es inútil —se dijo una vez—. Por cada especie que salvamos, otras cien perecen sin remedio. No hacemos más que jugar en la arena de una playa. Con gran furia arremete el agua de las olas y borra todos nuestros progresos.

Un día que recorrió con sus alumnos una playa, con motivo de una práctica de campo donde censarían a las especies de la zona, había sido arrastrada por la corriente el cadáver de una tortuga laúd.

Se acercaron todos los estudiantes, curiosos e intrigados por tal hallazgo.

—Murió siendo muy joven. No provocó su deceso ni un depredador ni una enfermedad. Ya sabemos

quién es el culpable —dijo a sus alumnos, mientras examinaba el cadáver, en cuya cavidad torácica había acumulados residuos plásticos.

—Antes de morir, este animal atravesó por una dolorosa agonía —añadió.

Tomó una muestra del tejido muerto de tal ejemplar. Un estudio más minucioso develaría otras causas de la muerte.

—Prosigan su camino, ya los alcanzo al sitio de reunión —dijo a sus pupilos.

Cuando estuvieron estos a más de doscientos metros de distancia, no pudo evitar sucumbir sobre la arena, de rodillas, ante el cadáver del animal. No le importó que la marea mojara sus ropas; no se iría de ahí hasta rendirle el justo homenaje a ésta que fue, quizás, una de las últimas tortugas laúd vivas.

Al cabo de meses de arduo estudio, determinó que la tortuga murió tanto por el plástico acumulado, como por metales pesados, hidrocarburos (petróleo y desechos que dejaron barcos y aviones) y radiación.

¿De qué serviría todo esto? De nada. Solo la publicación de un artículo alertando la inminente extinción de la tortuga. Al ser publicado, la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza anunció que, debido a los nulos avistamientos de ejemplares silvestres vivos, la tortuga laúd debía considerarse como “Funcionalmente extinta”.

Pasado un año, dicha organización modificó el estatus por el de “Extinta”. Las últimas tortugas en cautiverio no se reprodujeron y las que nacieron, murieron siendo muy jóvenes.

## II

—Los científicos del siglo pasado, lograron modificar las funciones de ciertas moléculas, funciones no presentes en su versión natural. Así, una enzima que degradaba quitina se encaminó para degradar plástico y material radiactivo. Pronto, la ciencia vio el nacimiento de toda una colección de proteínas capaces de metabolizar diferentes compuestos altamente tóxicos —dijo el científico.

—Cierto es lo que dice. Pero, ¿qué ha descubierto?, ¿tiene algo que ver esta vieja técnica de la evolución dirigida con el problema de las especies? —preguntó una científica.

—Sí que tiene que ver. De modificar genes codificadores de proteínas, nuestros predecesores dieron un gran

salto, prosiguiendo con la evolución del genoma de toda una bacteria, protozoarios y hasta de hongos. Así, hemos obtenido especies completamente nuevas, pero también se han “resucitado” a muchos de los microorganismos extintos del siglo pasado.

—¿Cómo es eso posible?

—Evolución iterativa. Una forma biológica extinta puede reiterarse si los eventos evolutivos que la originaron se manifiestan en otro organismo cercano taxonómicamente. Para quienes son ajenos a este concepto por el natural olvido que ejercen los años de la historia; por allá en el siglo XXI, fue descubierta una población de rálidos de Aldabra, aves sin capacidad de vuelo que se suponían extintas hace más de cien mil años. ¿Cómo volvieron a aparecer? Si bien los rálidos de Aldabra originales desaparecieron, un grupo de aves voladoras del mismo clado taxonómico atravesó circunstancias similares que provocaron la pérdida de dicha capacidad de vuelo. En fin, que la presión del ambiente y otras variables de la selección natural, terminaron por producir un ave semejante a la desaparecida. Uno de los microorganismos que hemos resucitado, un hongo, fue producto de aplicar este proceso, estudiando todas las variables que dieran como resultado la forma biológica

deseada. Es, por así decirlo, una evolución dirigida, no a moléculas, sino a la totalidad de organismos multicelulares.

—¿Cómo logran calcular esas variables y, finalmente, obtener a la especie extinta?

—Al día de hoy, es posible predecir cómo será todo un fenotipo al alterar ciertos genes y mecanismos de expresión. En el siglo pasado esto era imposible, lo máximo a aspirar era la predicción de moléculas y rutas metabólicas, pero no individuos. Con una versión mucho más sofisticada del Juego de la vida, puede construirse un modelo biológico y genético realista que nos permite vislumbrar cada circunstancia que debe experimentar un genoma para que se dé una forma biológica específica.

### III

#### SIMULADOR DE EVOLUCIÓN GENÉTICA DE POBLACIONES

Genoma de entrada: *Felis silvestris catus*.

Estado de la especie del genoma de entrada: Población abundante y con alta variabilidad genética.

Forma biológica deseada: *Panthera uncia*.

Estado de la forma biológica deseada: Extinto. Alto grado de endogamia. Clonación inviable. Alta probabilidad de muerte prematura.

Número aproximado de iteraciones genéticas requeridas: 124, 145, 215, 475, 544.

Número aproximado de generaciones mutantes de genoma *in vitro* requeridas: 874.

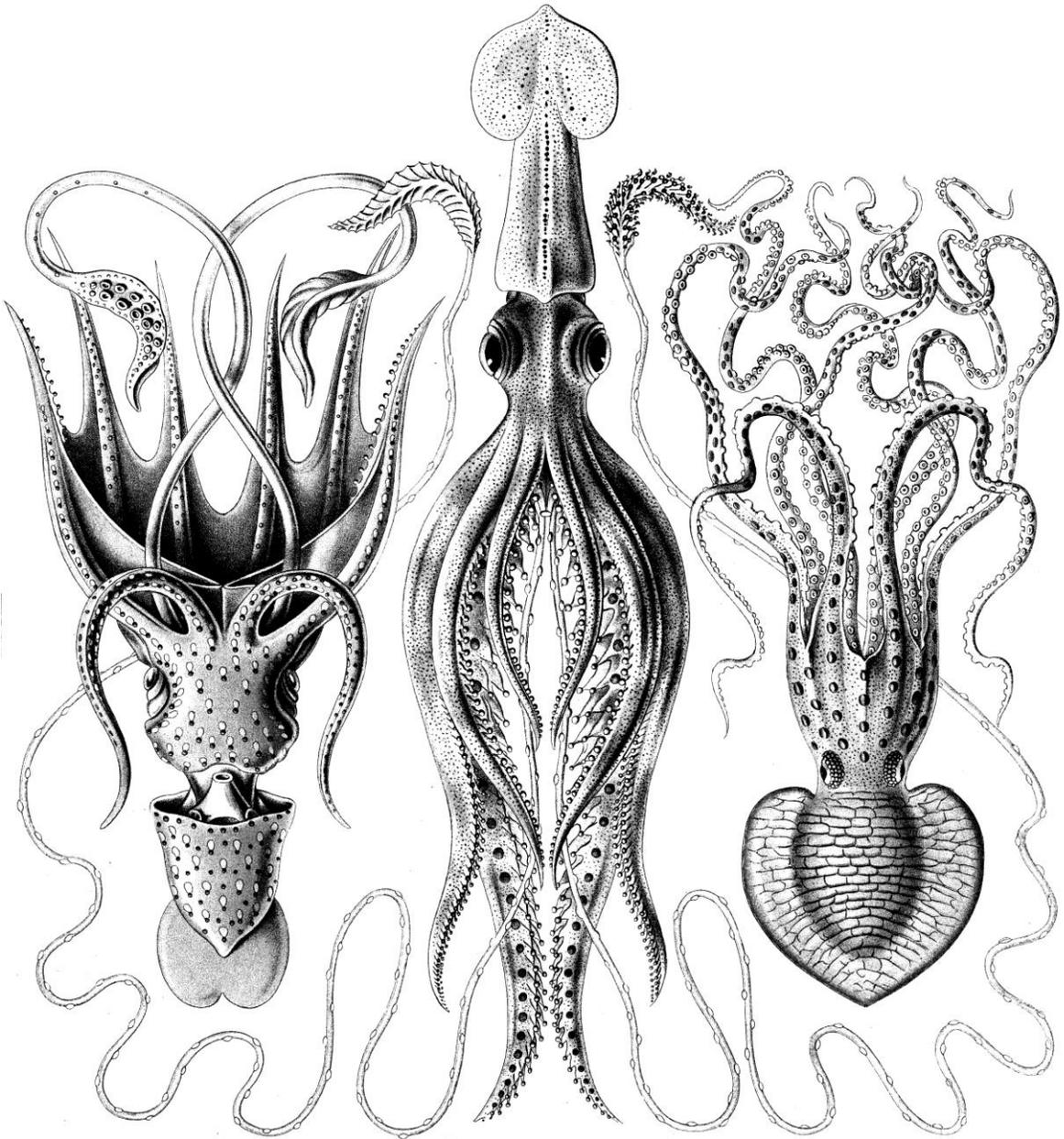
Tiempo aproximado para generar forma biológica deseada: 28 meses.

Probabilidades de éxito: 98 por ciento.

### IV

Basándose en el genoma del gato doméstico y teniendo como objetivo recrear el de *Panthera uncia*, el simulador de evolución genética de poblaciones permitió prever todas las mutaciones genéticas, deleciones, entrecruzamientos, silenciamientos o expresiones de ciertos genes y el aumento o decremento de cromosomas necesarios, para con ello obtener células sexuales viables que a la fecundación formarían, con ayuda de la gestación artificial, al primer organismo superior resucitado de la extinción.

Lo mismo habría de ocurrir con otros animales y especies de plantas de las que solo quedaban recuerdos. 



# Mutados

José Antonio Samamé Saavedra (Perú)

LOS ESCENARIOS han ido cambiando de forma radical, desconozco cuánto más tiempo permanezcamos aquí, escondiéndonos en este viejo granero; moriremos producto de la ingesta de alimentos llenos de agroquímicos tóxicos, o tragados por los experimentos de las empresas que prueban nuevos fármacos de inmunidad. No queda otra alternativa que seguir escabulléndonos de las prácticas del sistema económico. ¡No hay escapatoria!, mencionaba el pusilánime y humilde campesino.

Al menos sabemos cómo escapar de ellos, la situación de los ciudadanos es más complicada porque los otros nos buscarán con pretensiones adversas, debemos resistir hasta el final, quizás el mal propagado por el aire para matarnos sistemáticamente, aún no nos alcanza, pero quizás sea cuestión de tiempo, convertirnos en las aberraciones, o quizás hemos encontrado una cura relativamente prematura, hecho que prescinde de explicaciones porque aún seguimos normales, siendo humanos. ¡No conocemos

con certeza cuánto tiempo más!, dijo Micaela.

Los terribles problemas empezaron a sentirse en casa, después de las extrañas fumigaciones de los sofisticados aviones que sobrevolaban los campos de cultivo periódicamente, dejando huellas en el cielo, períodos antes de la cosechada. Después, la gente del pueblo y la ciudad comenzó a enfermarse en circunstancias muy raras, explicaba Micaela.

En mi pueblo la situación fue diferente, compañera, avisé a mi familia de la presencia de drones que aparecían de la nada dirigidos por alguien o algo, y rociaban una sustancia blanquecina por los aires, contaminando los campos de cultivo, dijo Simón.

La contaminación destruyó todo a su paso, devastó nuestro pasado y futuro, con notable repercusión en nuestra vida. Ni qué hablar de los productos sintéticos que se fabricaron sin control, los países industrializados generaron más ganancias a costa de engaños. ¡No sé cuánto tiempo más resistiremos confundir a la caterva de

aberraciones!, expresó Micaela, incorporándose con asombro de su lecho de muerte, donde se escondía.

Una vez me levanté temprano, para ir con mi madre a la ciudad, la busqué fuera de la casa, y no la hallé. Cuando ingresé al dormitorio, no podía creer qué veía: mi padre se había convertido en una feroz fiera hambrienta. Fue entonces que hallé los restos cadavéricos de mi mamá regados sobre la cama, donde escurría sangre. Llamé al médico, para curar la enfermedad de mi padre, pero nada logró hacer por restablecer su estado.

Las horas siguientes fueron más aterradoras en casa con mis hermanos, quienes manifestaban los primeros brotes decadentes, las típicas venas oscuras, manchas púrpuras y protuberancias, otorgaban la apariencia de una edad muy avanzada, pero habían desarrollado facultades extrasensoriales y una fuerza brutal, haciéndolos repugnantes, así fue como proliferó la enfermedad, dijo Simón.

En mi caso, pasó con el malestar que sintió mi hermano, lo encontraron agonizando en el campo, parecía un proceso de epilepsia, un médico naturista lo atendió de inmediato, pero no halló nada extraño en él. Con el transcurrir del tiempo, las aves de corral, ovejas y cabritos desaparecían de forma inexplicable y mi hermano parecía estar poseído por una fuerza

maligna, que lo hacía actuar por instintos, esta situación preocupó a la familia, mencionó Micaela, en medio de sollozos.

Un día, de regreso de la escuela, quedé estupefacto y horrorizado por la escena macabra, mi familia o lo que quedaba de ella, había sido engullida por esa bestia hambrienta y deplorable, causando en mí emociones inexplicables, desde ese momento mi vida no tiene sentido, tuve que terminar con mis propias manos con la maldita aberración que destruyó mi hogar.

Traté de buscar respuestas sobre la crisis en el campo, porque aparecían de forma descontrolada más inhumanos a exterminar todo lo que estaba a su alcance, ese momento fue el más difícil de mi vida pues empecé a vivir en las sombras utilizando unos respiradores que yo mismo elaboré para intentar sobrevivir ante las amenazas de los aberrantes, escondiéndome como un pordiosero dentro de la pestilente basura arrojada a espaldas de un cerro, contó Micaela perturbada.

¿Los escuchas, Simón?, retén la respiración un momento, hazlo, porque nos sentirán por los respiradores, mencionó horrorizada Micaela.

Sí, Micaela, sí, dijo Simón.

De la oscuridad salieron unas monstruosas bestias, ingresaron al recinto, se movilizaron cerca de la cama, olfateándola casi a empujones,

sin percibirlos. Al no encontrar nada, se retiraron mortificadas.

Nos salvamos de milagro, se fueron, Micaela, aprovechemos en cenar, tengo hambre, me ha provocado unas succulentas cucarachas y grillos, terminamos de cenar y regresamos a la basura a descansar, porque el efecto repulsivo de la basura se irá en poco tiempo de nuestros cuerpos, aseveró preocupado Simón.

La resistencia de algunos insectos a los plaguicidas, el alimentarnos de insectos nos ha hecho inmunes a la pandemia, aunque las plagas producidas han afectado la producción de los campos. La Biblia ha referido de este castigo y destrucción hace miles de años, expresó Micaela.

Es imposible alimentarse de animales silvestres, es más, no existen. La intervención nefasta del hombre en la naturaleza conllevó a una fase oscura de extinción de los seres vivos, aumentando progresivamente, después de la contaminación de los cam-

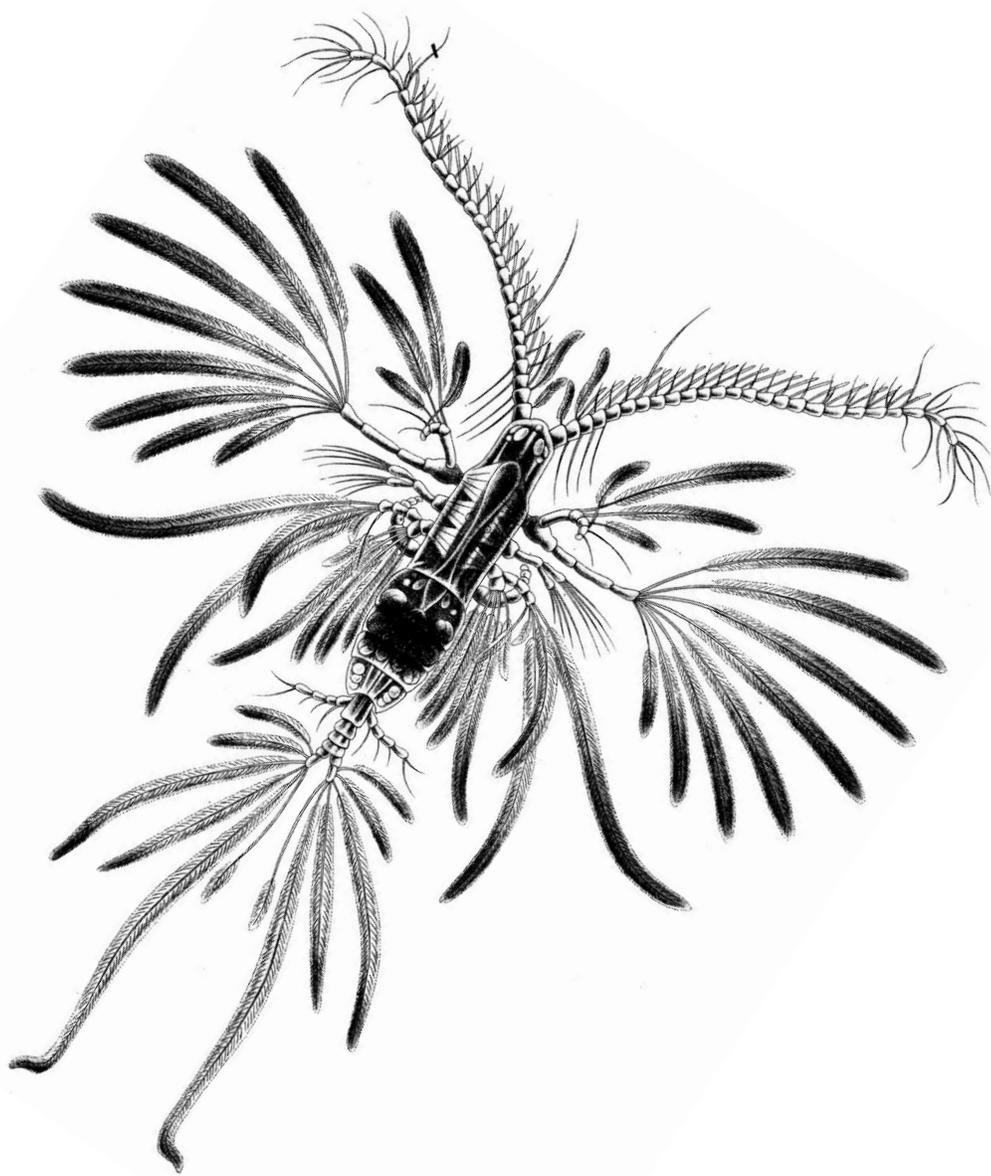
pos fumigados, también fueron contaminados el aire y agua, explicó preocupada Micaela.

Los alimentos del campo y los fabricados por la industria, provocaron el agente patógeno que originó el mal. Los cuerpos reaccionaron de forma adversa, generaron resistencia y mutaron en seres abominables. Los científicos adulteraron los alimentos, haciéndolos más sintéticos y mortales para la salud, exclamó Simón.

¡Silencio, silencio, Micaela!, son ellos, otra vez, escóndete debajo de la cama.

¡No! Dios mío, otra vez. ¡Ayúdanos!, contestó Micaela.

Este lugar está en cuarentena, destrúyanlo ¡Ahora!, no más infecciones. Exterminen a las malditas criaturas, que se esconden aquí, el mutador virus no puede esparcirse más. Esos monstruos representan un enorme costo para la industria, la situación no ha funcionado como se creía, mencionó un hostil representante de la industria corregidora de la pandemia, al ingresar al viejo granero. 



# Amaru Sachainchi

Oswaldo Castro (Perú)

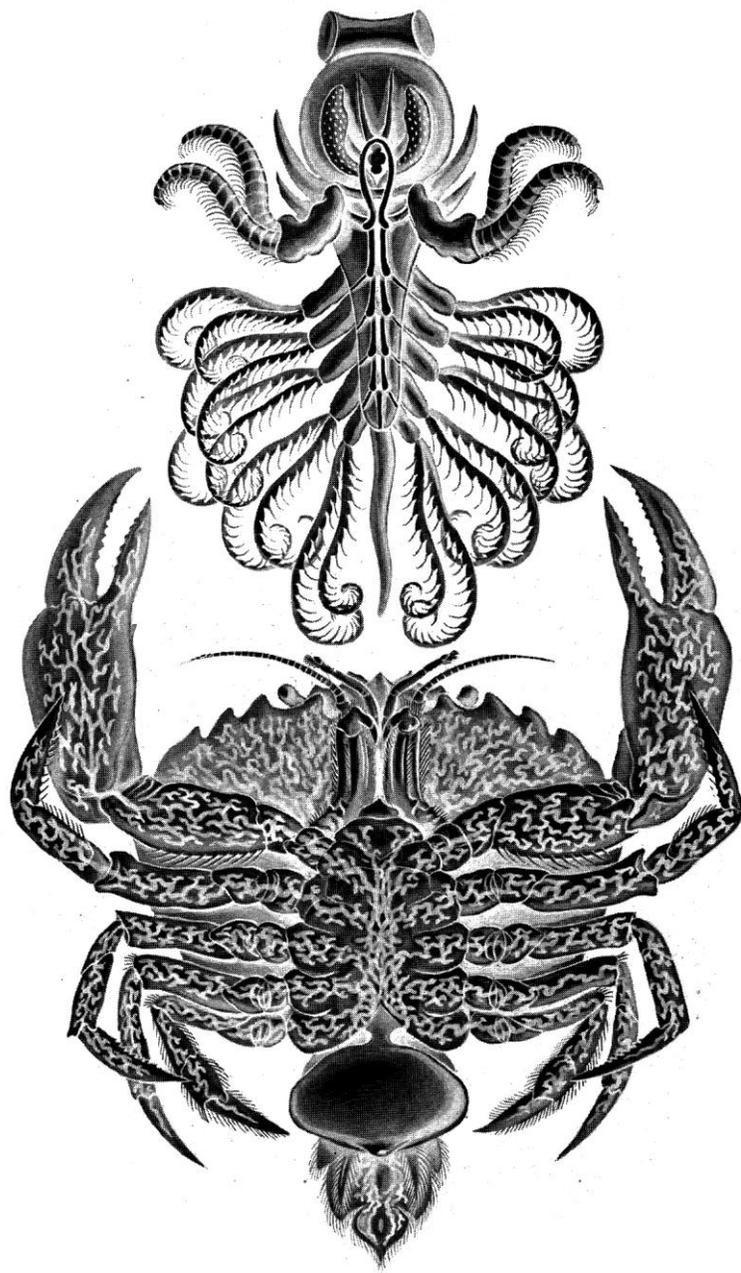
1

AMARU SACHAINCHI, LÍDER de la comunidad pre inca Chinchis, fue vendido en la partida de kuwichuspi y, fiel a las enseñanzas ancestrales, no cuestionó la derrota y obligó a su pueblo a dejar las extensas y fértiles tierras que poseían. Ninguno de sus subordinados reclamó; vagaron en busca del nuevo hogar. La lectura de las hojas de coca les indicó que el destino se encontraba pasando las montañas, muy cerca del mar. Se convirtieron en nómades y pasaron hambre y miseria. Soportaron enfermedades que los diezmaron, pero no dejaron de caminar. Al borde de la desaparición como etnia, el anciano líder desapareció. Por más de un mes lo creyeron muerto, pero una mañana vieron que del cielo bajaba un objeto redondo de luces multicolores. El aparato aterrizó y Amaru descendió. Estaba sereno y transmitía seguridad

y confianza. El objeto se elevó y desapareció para nunca más ser visto.

2

El comandante de la nave explora la consola de navegación. El deseo atávico de encontrar a sus ancestros fue tan fuerte que desertó de la flota espacial. Al mando de una cuadrilla de fugitivos, busca en el Sistema Solar el tercer planeta cercano a la estrella. Sabe que la explosión del Sol es inminente y confía en llegar a tiempo. Según los cálculos, le queda poco tiempo para ubicar el planeta azul, antiguamente llamado Tierra. Han pasado milenios desde que su antecesor terrícola más antiguo fue abducido y devuelto con las enseñanzas para diseñar las pistas de aterrizaje en las pampas de Nazca. La historia le enseñó que Amaru Sachainchi fue un viajero que regresó del futuro y que él es un visitante del pasado. 



# Reptar

Alejandra Bobadilla Barba (México)

EN UN SENDERO, ÁRBOLES marchitos y caídos son escoltas de los caminantes que van a parar a una carretera federal. Una nube de humo cenizo se disipa, es una noche oscura; a lo lejos, más allá del sendero, unas llamaradas rojizas danzan estrepitosamente.

*Unas diminutas extremidades picotean mi epidermis, van deslizándose por mi antebrazo.*

La criaturita, calma y serena, mueve sutilmente sus hirientes extremidades sobre la epidermis erizada, avanza con pasmosa paciencia.

Ojos inyectados de sangre, a punto de desorbitárseles. Articulaciones engarrotadas. Cuerpo yerto, apenas logra respirar.

—¡Aléjate! —grito que estalla en su mente, lucha para que de su boca salga el eco de pánico.

Un cosquilleo en la pierna izquierda. Cuerpo yerto, siente el picoteo en el antebrazo; luego, un hormigueo se expande por sus piernas. Una

desesperación paralizante en el cerebro, apenas reacciona con pestañeos súbitos.

—Puedo sentirlo ¡Basta! —pensamiento histérico.

*Criaturas horribles, escarabajos raros, aléjense... aléjense.* (un pavor alucinante y luego la sensación en su garganta) *¡Santo cielo, me desgarran!*

Seis diminutas y puntiagudas extremidades se entierran en sus carnes interiores.

—¡Asesinas criaturas, puedo sentir las malditas garras diminutas! —el eco terrible de su angustia engarrota más su cuerpo.

Intenta provocarse el vómito. Las quiere fuera. Las alimañas se desplazan. Ahora, tres. Y más de ocho patitas se van sintiendo clavadas en su cuerpo. El miedo se replica en sus músculos y huesos. Esas cosas cosquilleantes, con sus malditas patitas como espigas asesinas, se le incrustan. Unas alas se sacuden en un movimiento vibratorio dentro de su garganta. La saliva empapa las delgadas membranas vibratorias.

—¡Sal de mí! —grita mentalmente.

Violentos movimientos musculares inician en el área abdominal. Otra de las criaturitas asciende por su pecho. Recuperando un poco de movimiento, el cuerpo yerto adopta posiciones moribundas.

—¡Salgan de mí! —un nuevo grito mental se expande en su cerebro.

Resoplando sus esperanzas, el cuerpo yerto anhela recobrar su voluntad para así levantarse y huir de las patitas como espigas. ¡Oh, cuánto desearía aventar de un manotazo a las alimañas que se campean por su cuerpo!, ¡Oh, cuánto anhelo por escupir con odio a las malditas criaturas que siente en su boca! Aplastarlas, masticarlas, matarlas.

Es de noche, una noche oscura y vacía.

Entre las hendiduras de unos troncos cenizos, algo se asoma. Unos grillos entonan tristes un cántico sepulcral; unas luciérnagas de brillo moribundo se pasean por la hierba seca y unas aves nocturnas atraviesan una nube de humo cenizo.

—¿Qué serás? —expresó entre susurros y, sólo entonces, dirigió la mirada hacia el hueco de un tronco vencido.

El ruidito inquietante, incitadora señal que llamó su atención, lo obligó a aguzar la vista para localizar el punto exacto de dónde surgía ese misterioso zumbido.

—Un alacrán... —imaginó, entonces, la forma de la ponzoñosa criatura—, una cucaracha —la imagen mental se tornó en la sabandija escurreidiza—. ¿Qué eres?

Un diminuto fulgor apareció al interior del tronco. En sus especulaciones interiores, buscaba razones para convencerse de que ese brillo tenebroso que observaba en la hendidura del tronco era nada.

¿Qué eres?

Zumbidos se arrastraban.

Sus pulsaciones aumentan, lentamente modifica el compás de su respiración. Trata de concentrar su sentido auditivo en los más ligeros e insignificantes ruiditos, pero ya no hay grillos que canten. Unos ojitos relampagueantes reptan por los ramajes.

A dos metros de distancia del cuerpo humano, las criaturitas están pacientes y vigilantes; una alimaña vigila, quieta, muy quieta. Dos puntitos brillantes, luego cuatro, seis, ocho... unos puntitos brillantes contrastaban con la oscuridad.

La certeza le llegó al cerebro humano, lo supo: tiene miedo. Espantoso, incómodo y demoníaco miedo. La respiración se le agitó.

—¿Dónde están? — lanzó la penosa pregunta al percatarse de que los puntitos relampagueantes desaparecieron repentinamente.

Estalló el griterío interior.

*¿Dónde están?, ¿dónde?, ¿dónde carajos están?*

El ataque fue inminente. Las pequeñas sombras de ojos brillantes avanzaron amenazantes; reptaban hasta él. Sus fuerzas lo abandonan.

—No puedo respirar —concentra su pensamiento en esta frase y, entonces, una serie de recuerdos y sensaciones estallan en su mente—. ¡No puedo respirar... me ahogo! —un ataque de pánico lo inunda.

Ataque rápido, una de las criaturitas se ha abalanzado sobre el cuerpo.

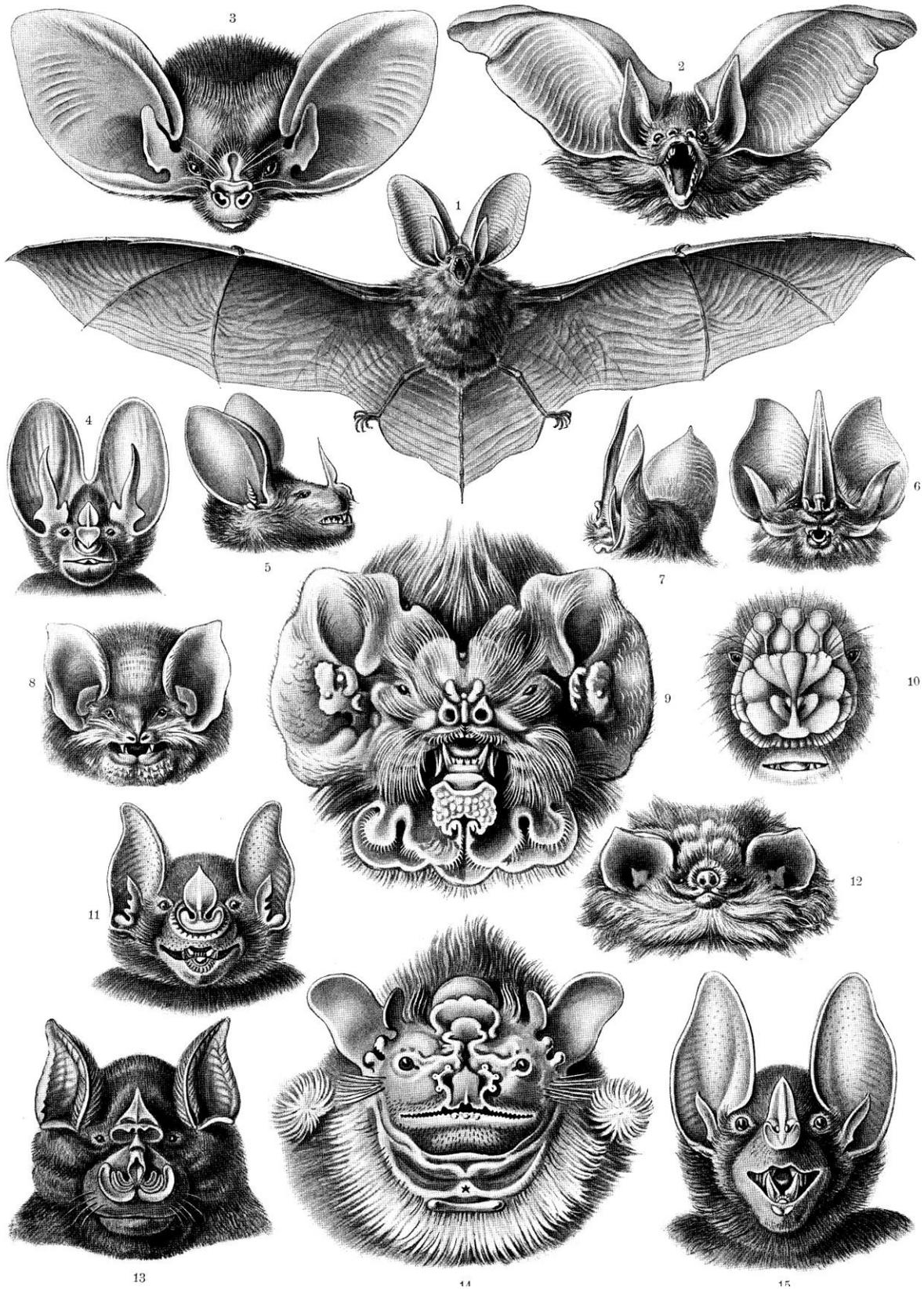
Indeseable y sigilosa empieza el recorrido sobre las extremidades inferiores del cuerpo humano. La epidermis de una de las piernas se ha erizado al sentir las puntiagudas patitas de la criaturita, una pérdida de fuerzas le llega. Apenas se mantiene en cuatro patas, tratando de sobreponerse al desvanecimiento. Las órbitas

oculares parecían botársele a causa de la presión. Las venas de la garganta saltaron hinchadas. Sus manos se aferraron, como garras, al suelo.

No pudo aguantar; se tumba. Boca arriba, siente cómo su garganta se hincha por la presión sanguínea. Intuye que un vómito de miedo se ha atorado en su tráquea, no consigue expulsarlo de su boca.

Los latidos de su corazón se disparan. Una de las alimañas raras se expande, crece en su garganta y se desplaza por la cavidad traqueal. Siente cómo se alimenta de su vómito, su saliva, sus flemas, su bilis y sus entrañas.

Se escucha una implosión... un burbujeo en su boca. No puede respirar. La vista se le nubla. Alcanzó a ver como la nube de humo cenizo se disipa. No hay estrellas y la luna es una esfera borrosa. La conciencia del cuerpo yerto se sumerge en una oscuridad mortal, penetrante y vacía. **F**



# Deseos en el tiempo

Luis Ignacio Muñoz (Colombia)

AHÍ ESTABA OTRA VEZ LA TIENDA de discos de la calle 77 con su fachada de ladrillos negros y su aviso publicitario tal cual lo mostraban los periódicos de 1968 con su galería interminable de discos, sus ganas diarias de ir allí, igual que en la infancia, acompañado de su padre. Los dos parados frente a una estantería repleta de discos de cuarenta y cinco revoluciones, el paquete bajo el brazo a veces contemplando las fotografías enormes de los cantantes que oían en la radio o en los discos y se los enseñaba mientras le daba explicaciones.

Allí estaba él una vez más entrando a comprar la música que solo en ese momento, trasladado en el tiempo en un viaje que no comprendía y solo era posible en la medida de sus deseos del año 1994. Ese deseo que lo llevaba a viajar a donde quería mientras dormía frotándose la flor del borrachero blanco. Solo que a diferencia de sus antepasados indígenas, los viajes eran cada vez más reales y las piedritas y los objetos que aparecían en la habitación eran auténticos. Allí estaba la tienda cuya propaganda

había visto hacía poco en una revista farandulera junto con notas sobre la música de moda, algunas fotos de página entera de Lennon y McCartney, el asesinato Kennedy y una selección de poemas a Marilyn, rubia y manoseada, su cabello y su cara, que nunca lo atrajo, en otras páginas de la misma revista empolvada y húmeda entre una pila de periódicos que coleccionaba un inquilino de la casa a la que un día no regresó. Además el aviso aparecía en publicaciones posteriores así como en los diarios importantes de la ciudad y recordaba con certeza las propagandas de la radio, su poder arrasador en el mercado de los discos hasta el día de su desaparición. Ya nadie recordaba cómo, unos le contaban que por un incendio que no sólo acabó la inmensa galería con sus millones de discos sino toda la cuadra, el edificio de oficinas de la otra esquina, un hotel, cuatro casas.

Pero la noticia no apareció en ninguna parte, no lograba recordarlo, a pesar de la búsqueda de varios meses en los periódicos. Le resultaba más creíble un traslado a otro sitio, ahora

muy concurrido, con el nombre cambiado, donde vendían música moderna. Un negocio por el cual había pasado muchas veces sin saberlo. No paraba en las averiguaciones hablando horas enteras en los cafés del centro con los amigos de su padre. Ellos lo llevaron a diálogos más intensos con coleccionistas quienes lo relacionaron con la gente de la radio hasta reconstruir de poco en poco la historia del almacén, la fachada de ladrillos negros, el letrero soberbio de neón que sobresalía a muchas cuadras y el grupo de empleadas vestidas de azul oscuro con el distintivo a un lado del pecho muy parecido al aviso de afuera tal y como lo vio en las revistas y en la prensa. Un edificio de tres pisos, una bodega y un sótano repleto de discos mucho más viejos que sólo giraban en las victrolas.

Tantas veces parado en la acera, la misma calle 77 con su andén de adoquines, la cuadra poblada de rascacielos y lo que fue la entrada del almacén ahora en escalones, puertas de cristal. Abajo, un portón de madera daba acceso al garaje sin crearlo del todo. Era como un trasplante inesperado, incierto, de un barrio tranquilo a los bazares de cachivaches del centro, sin llegar a parecerse en gran cosa y el interrogante diario de quien pudiera volver a esos días a pie a lo largo de la avenida a comprar todos

los discos que no conseguía en ninguna parte.

Ahora las cosas habían empezado a cambiar desde que solía aparecer con su cargamento de discos nuevos que ya nadie podía comprar en ningún mercado y causaba tanto estupor en la ciudad. Poco a poco fue llegando una creciente fama entre sus amigos coleccionistas y de la radio que le valieron entrevistas en las que a nadie reveló su secreto, además ni él mismo se lograba explicar esto de devolverse casi treinta años a un lugar que ya no existía.

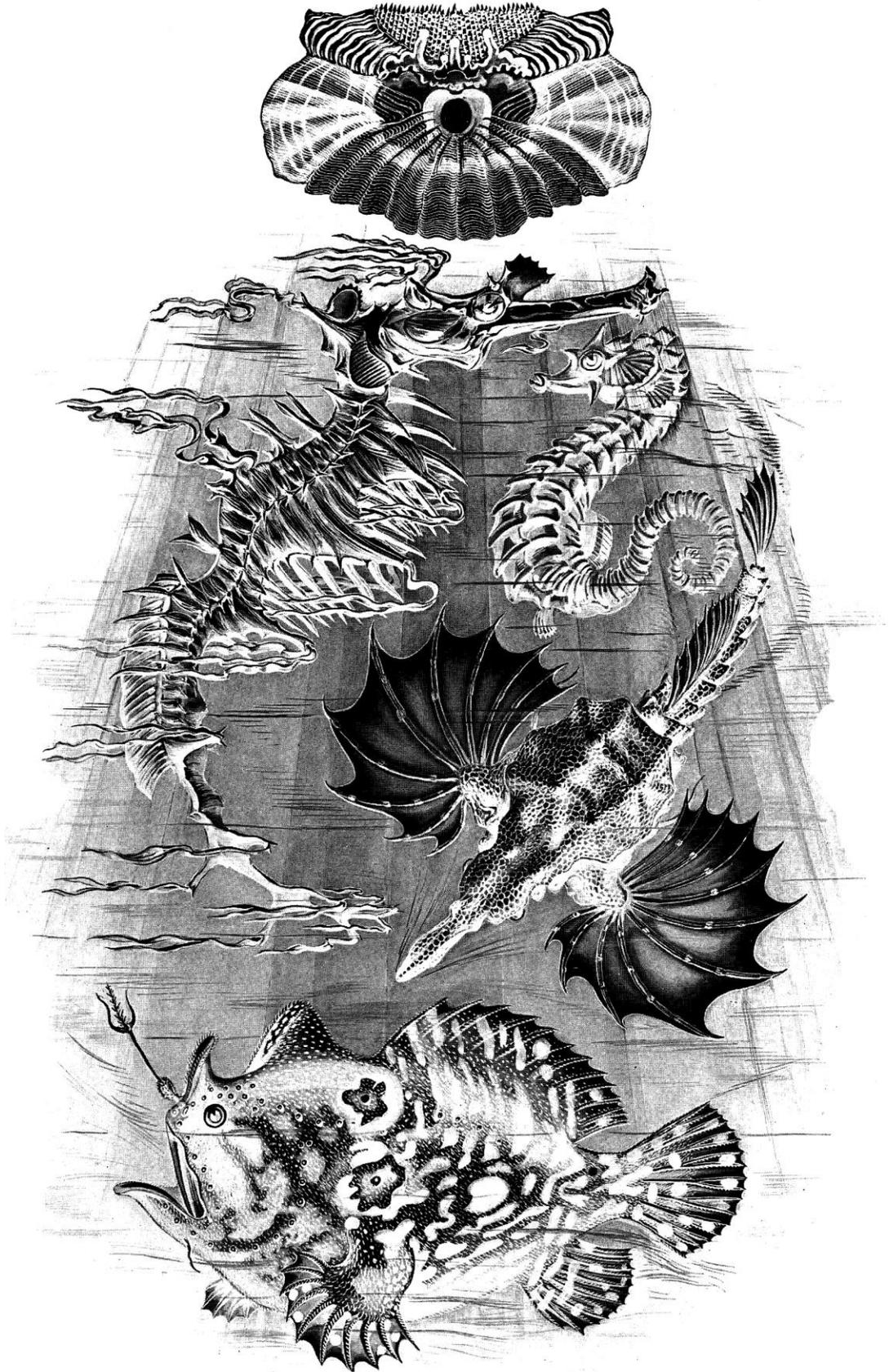
Hasta el día en que sus deseos y la curiosidad lo llevaron a una nueva posibilidad, ya no ir hasta el año 1967 sino hasta el 2035 para saber qué sería de la música en ese entonces y como sucedía siempre, ansió con toda la intensidad del mundo estar allí. Durmió un sueño poco tranquilo como si algo lo sacudiera por momentos. Empezó a despertar en una ciudad demasiado extraña, con un cierto parecido a la vieja capital, pero ya quedaba muy poco de los edificios de ladrillo, de los lentos carros y los destartados buses. Las casas de la calle 77 habían sido sustituidas por enormes edificios de cristal. Por las nuevas autopistas los pequeños carros iban a grandes velocidades.

Descubrió con estupor que habían dejado de existir los dispositivos de

grabación en acetatos y que los discos compactos habían quedado lejos en alguna parada del tiempo y encontró con asombro y alegría que todos los discos de la inmensa bodega de la calle 77, toda la música que escuchó en aquel entonces y la que llegó al país y la otra que nunca fue promovida se

encontraba grabada en pequeños dispositivos que cabían en un minúsculo estuche y se perdían en el bolsillo de una camisa.

En ese momento sintió la gran incertidumbre asaltando sus pensamientos ¿Cómo llegar con aquel hallazgo al año 94? **F**



# *Tempus fugit*

Iván D. Moreno (Colombia)

PASARON MUCHOS SIGLOS desde que Abundio arribó a la Villa Virgen, lugar cuya población no era más que hombres y mujeres inocentes que desconocían casi todo lo imaginable. Una comunidad nacida con un pensamiento tan primitivo, que no podían valerse por su cuenta. No fue culpa de ellos, tuvieron que aceptar la realidad, de manera inconsciente, claro está. No eran indígenas, tipos vulgares ni nada por el estilo, sino individuos pasivos poco pensativos.

Abundio, después de una gran peregrinación por cientos de kilómetros en el más tedioso de los desiertos, notó al llegar a la Villa que algo andaba mal. Él, de la nada, despertó desnudo bajo el ardiente sol que cubría la arena, que sin querer fue su cuna. Eso no fue lo único insólito que envolvió su génesis porque a diferencia de todas las personas que habitan en la Tierra, Abundio fue el único que poseía algunos conocimientos desde que apareció en tal escenario. En medio de su lastimero recorrido y con esa inteligencia privilegiada que poseía, dedujo que caminar lo llevaría a

buscar refugio y que hacer soliloquios lo iba a entretener, evitándole el deterioro de la cordura.

La gente de Villa Virgen se escondió al verlo, evitando su inusual presencia en el lugar, pese a que él lucía como uno de ellos. Abundio, atónito por lo que presenciaba, decidió entrar al poblado, semejante a un oasis. Era un lugar compuesto por grandes cuevas, animales de todas las especies y tamaños, terrenos donde las flores no faltaban y árboles cuyos frutos expe-  
lían un fresco aroma. Él, curioso por un enorme manzano de redonda copa, se acercó y tomó una rojiza exquisitez. La detalló con meticulosidad mientras pensaba en qué pasaría si la mordía. Impacientado por experimentar, dio un gran mordisco a la manzana y, frente a los pobladores de volátil mente, expresó con elocuencia su júbilo por haber mordido tan succulento manjar.

Sus gemidos constantes de placer llamaron la atención de los Vírgenes que, uno por uno, se fueron acercando a él, participando también del

éxtasis. Fue así que ellos, con lentitud, comprendieron que Abundio era superior a todos los habitantes de la Villa.

El tiempo transcurrió con el caos de la necesidad. Abundio, el elegido, fue el pionero de la invención física, creador del fuego, modista improvisado, cazador de fieras, cocinero de las carnes más pulpas y principal caudillo de la Villa que se adaptó a las excéntricas aunque muy obligadas exigencias que sus capacidades como líder le permitían. Pero estos y otros avances no se comparan con la primordial creación que le dejó de regalo a la humanidad: el ingenio.

Los Vírgenes aprendieron su dialecto, facilitando la comunicación, y de ese modo la Villa se convirtió en la metrópoli del mundo.

Varios años transcurrieron cuando se presentó una anomalía. Abundio, el elegido, tras años de supervivencia, había ignorado algo tan obvio para el individuo actual. Un día nuestro inusual héroe en compañía de algunos de sus súbditos, en una expedición para apresar un lindo y apetitoso ciervo que merodeaba por los bellos paisajes, escuchó unos sollozos provenientes de unos arbustos que estaban no muy lejos de él. Ante la singularidad de lo que atestiguaba, decidió acercarse a esos matorrales mientras

sus vasallos continuaban con la difícil tarea de apresar al animal.

Con prevención, se aproximó a la maleza. Los quejidos eran cada vez más fuertes. Corrió algunas hojas, dio unos pasos sigilosos y, respirando con brío, vio una de las cosas más impactantes que haya contemplado durante su longeva vida: un gato recién nacido que sostenía una pieza de metal y que estaba junto a un agujero repleto de gusanos.

Abundio no sabía qué hacer al ver tal criatura abrazando ese extraño objeto. Fue en ese momento cuando tuvo una epifanía. No era necesario que se considerara un genio para comprender que ese minino recién nacido simbolizaba el inicio de la vida, circunstancia que tenía desentendida. Él, al ver a sus lacayos cargando el agonizante ciervo, por primera vez se llamó a sí mismo «idiota» por haber evadido el máximo interrogante de la humanidad: la muerte.

Las dudas lo invadieron. Se preguntaba por qué ninguna persona había muerto en todo ese tiempo en la Villa Virgen y, en cambio, a los animales sí se les acababa la vida, y cómo era posible que nadie más haya nacido o aparecido durante ese lapso. Abundio, en un momento de reflexión, sacó la única explicación coherente que se le ocurrió, que él y los demás pobladores tenían la suerte de

ser inmortales, siempre con la misma edad y sin el infortunio de pescar alguna enfermedad.

Sin reaccionar bien ante lo ocurrido, a duras penas lograba pensar. Trató de poner en orden sus ideas cuando una nueva duda lo acechó. Abundio contempló la posibilidad de que él fuese un profeta, una deidad o quizás alguien en la época equivocada. Un viajero en el tiempo o algo similar. Impaciente, se inclinó y tomó al felino. De repente, la pieza de metal empezó a brillar con extrañeza. El suelo se alzó con prominencia tras temblar y él, después de unos segundos manteniendo el equilibrio, fue a dar al agujero colmado de gusanos. Esa abertura en el suelo comenzó a

expandirse de manera brusca, atrapando a Abundio y hundiéndolo como en arenas movedizas.

Él, perplejo por tan peculiar acontecimiento y sosteniendo al animal entre sus brazos, se dispuso a pedir ayuda, pero en su cerebro una voz interrumpió tal decisión. «¡Es un gusto verlo nuevamente, señor!» escuchó en su interior. Con el cuello para bajo cubierto por los anélidos, hizo el soliloquio que más validez tuvo en su vida porque al parecer consideró que la locura llegó sin aviso y sin más nada que hacer, «¿Señor?» se preguntó. De ese modo y sin explicación coherente, este héroe demente a otra época fue a dar. **F**

# Todos somos Mercer

Felipe Huerta Hernández (México)

«DEBIMOS SUPONERLO», se repetía insistentemente mientras se alejaba de la ciudad ataviado con su máscara antigases y su traje para evitar la lluvia de radiación.

«Poco a poco se fueron introduciendo en la sociedad. Una vez infiltrados en puestos clave se hicieron del poder. Phillip K. Dick resultó ser, no solamente un excelente escritor de ciencia ficción sino también de literatura de anticipación. Nos avisó de manera críptica pero nunca fuimos capaces de descifrar el mensaje: el caos financiero, el calentamiento global y todos los problemas mundiales no eran más que las ingeniosas herramientas para deshacerse de nosotros poco a poco. Ellos ni siquiera se molestaron en retirarnos. Se dedicaron nada más a desarrollar todos esos artilugios de destrucción y exterminio».

«Debimos suponerlo», prosiguió a medida que se alejaba del caos ciudadano.

«Cuando se derritieron los polos y explotaron las burbujas de metano incrementando de manera notable la

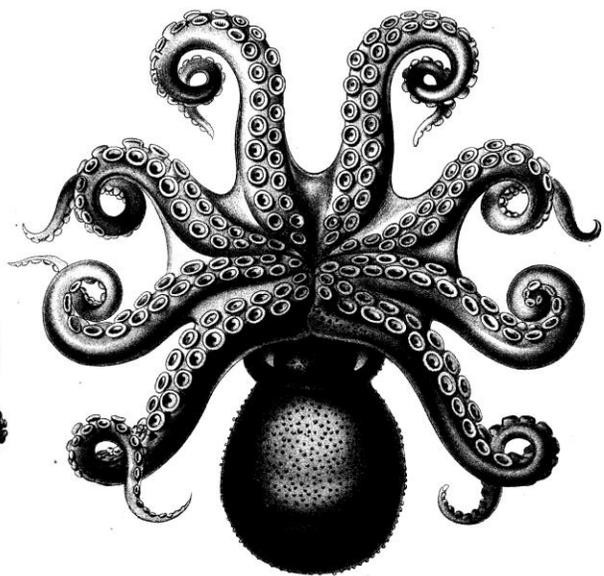
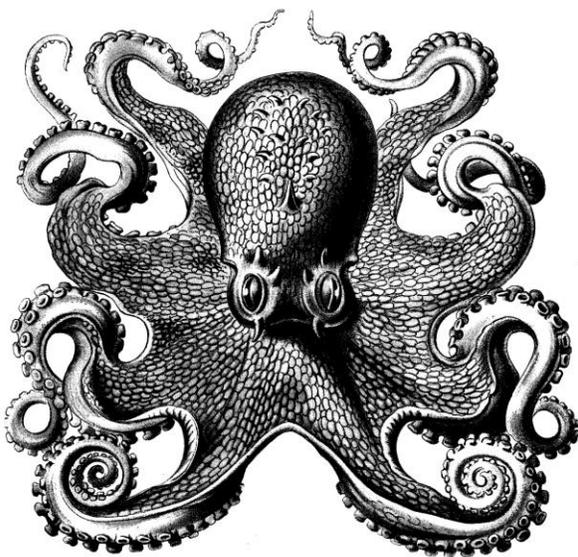
temperatura del planeta; cuando las redes sociales crecieron de manera exponencial y se apoderaron poco a poco de toda la información; cuando las corporaciones se agruparon adoptando el nombre de: Sidney Corporation; cuando ese monopolio comenzó a circular un catálogo con los nombres y precios de todos los seres existentes, nosotros incluidos; cuando entramos en guerra global; cuando entre los sobrevivientes se propagó el mercerismo; cuando comenzaron a circular en secreto las cajas de empatía que ellos ocupaban para fundirse con Mercer. Un día pude colarme a una de sus casas, robar una de esas malditas caja de empatía y, tomándola por sus asas, experimentar la sensación mística de fundirme con Wilbur Mercer y no... no era el viejecito que mencionaba K. Dick en su novela y por supuesto no se trataba tampoco de Al Jarry, el oscuro actor, ¡Wilbur Mercer era el mismísimo Phillip K. Dick! Él era el mesías creado por ellos y para ellos y les decía a detalle lo que debían hacer y ellos lo seguían al pie de la letra. Sus

herramientas de exterminio ya habían sido puestas en marcha y ya no era necesario hacer nada para que prosperaran. ¡Lo hacían por ellas mismas! Solamente había que dejar hacer. El no futuro ya había comenzado para nosotros en el presente...»

Avanzó en solitario hasta encontrar un espejo de agua. Sabía que quizás no era potable pero se encontraba muy fatigado y necesitaba refrescarse. Cuando se despojó de la máscara le extrañó que la contaminación no le sofocara. Sintió un escozor en el ombligo y descubrió horrorizado que su naciente sospecha tenía sustento:

un panel de control ingeniosamente oculto se encontraba en su abdomen. Se lamentó de no tener un test de Voigt-Kampff a la mano. Pero al parecer no era siquiera necesario. Ya para ese momento sabía que sus recuerdos eran producidos por un chip implantado y lo comprobó al descubrir, reflejado en las prístinas aguas, el rostro de Phillip K. Dick en el lugar donde debía estar el suyo. Era idéntico a los demás sobrevivientes salvo por el número de serie que seguramente lo distinguía.

«Todos somos Mercer», pensó. **F**

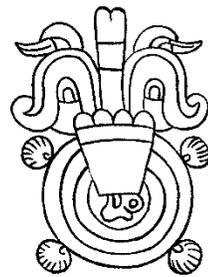


# Match

Rafael Tiburcio García (México)

DESDE QUE EMPEZÓ LA INVASIÓN de los arrebatadores de cuerpos, las *apps* de citas a ciegas ya sólo arrojan tasas de compatibilidad del cien por ciento.

**F**



# Espejo Humeante

Revista latinoamericana de ciencia ficción

---

## Resultados de la convocatoria del número 5 “Ciudades”

Felicitemos a los autores seleccionados para el número 5 de la revista.  
Nos leemos en febrero de 2020.

*Usurpación* Plácido Romero

*Cotidianeidad* Jenifer N. Luna

*La invencible* Daniela López Martínez

*El último teporingo* Andrés R. Soto Valencia

*Colibrí* Rafael Santos

*Ocaso* Óscar Juárez Becerril

*Nosotros podemos cuidarnos solos* Norma Leticia Vázquez González

Comité Editorial

*Revista Espejo Humeante*

Contacto:

[espejohumeanterevista@gmail.com](mailto:espejohumeanterevista@gmail.com)

  @EspejoHumeanteR

